

# **APUNTES SOBRE APARECIDA ACONTECIMIENTO, MÉTODO, DOCUMENTO Y MISIÓN**

*Mons. Andrés Stanovnik, OFMCap.  
Arzobispo de Corrientes, Argentina*

Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones en torno a Aparecida. Para ello, opté por algunos temas que están relacionados entre sí: me gustaría comunicarles algo sobre el acontecimiento eclesial y el espíritu de Aparecida; presentarles algunas consideraciones importantes acerca del método que allí se utilizó; descubrir el lenguaje kerygmático mediante el cual se transmite ese espíritu; y, finalmente, hacer una breve introducción al documento y a la misión continental, como los mejores instrumentos que nos dejó la V Conferencia General, para orientar la tarea pastoral del Continente en los próximos años.

## **1. QUÉ ES UNA CONFERENCIA GENERAL**

Ante todo, conviene que digamos una palabra sobre qué es una Conferencia General, porque nos va a resultar útil para valorar adecuadamente este tipo de reuniones episcopales. Un error muy común es atribuir estas reuniones al CELAM, por ejemplo cuando se dice “la V CELAM” o “la V Conferencia del CELAM”. Las Conferencias Generales no son reuniones del CELAM, baste recordar que la primera Conferencia General, celebrada en 1955 en Rio de Janeiro, dio como resultado la creación del CELAM. En los años sucesivos, este organismo episcopal latinoamericano, colaboró con la Santa Sede en la preparación de las otras Conferencias Generales. En la práctica, este tipo de reuniones episcopales se realizaron sólo en América Latina, de modo que las Conferencias Generales son una originalidad exclusiva de nuestra región.

La Conferencia General es una reunión de obispos convocada por el Papa, pero la iniciativa de reunirse parte de los mismos obispos. Estas reuniones se diferencian de otras, por ejemplo de los Sínodos de Obispos, porque en el caso de una Conferencia General, la iniciativa de reunirse nace de los obispos y son ellos quienes la presentan al Santo Padre, junto con la propuesta de tema, de fecha y de lugar. El Papa convoca luego a los obispos y a los demás participantes, les entrega el tema y decide la fecha y el lugar del encuentro. Las deliberaciones de estas reuniones, que ordinariamente se articulan en un texto, son, por lo tanto, el resultado de un auténtico ejercicio del magisterio episcopal. Para conservar todo el valor episcopal de este magisterio, el Papa no aprueba el texto final, sino que autoriza su publicación.

En cambio, un Sínodo de Obispos, es convocado por iniciativa del Santo Padre, sobre un determinado tema que él elige y sobre el que pide aportaciones a los obispos. Éstos entregan al Papa sus aportes, quien los recoge en forma de “proposiciones” y luego asume en tiempo y forma que él mismo considera oportuno. Por lo general, con esos aportes, el Santo Padre escribe una exhortación postsinodal. De este modo, el Sínodo de Obispos se convierte en un instrumento en función del magisterio pontificio. En cambio, como ya dijimos, el fruto

de las deliberaciones de los obispos en las Conferencias Generales, mediante la correspondiente autorización pontificia, se convierte en una genuina expresión del ejercicio colegiado del magisterio episcopal.

## **2. EL ESPÍRITU DE APARECIDA**

La V Conferencia fue un acontecimiento eclesial vivido en la alegría de la fe, donde los participantes pudimos experimentar la presencia viva y la acción eficaz del Espíritu Santo. Mediante una atenta lectura del Documento Conclusivo, que produjo la Asamblea, se puede percibir el espíritu que subyace en el texto, como bien se afirma en sus primeras líneas, donde leemos que

*Con la luz del Señor resucitado y con la fuerza del Espíritu Santo, Obispos de América nos reunimos en Aparecida, Brasil, para celebrar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y El Caribe. (DA 1).*

El Santuario y la devoción a Nuestra Señora de Aparecida, con la presencia de muchos peregrinos que acompañaron las celebraciones diarias de la Eucaristía; la celebración de la Liturgia de las Horas y el ejercicio de la *lectio divina*; la oración de innumerables personas y comunidades, fueron una valiosísima ayuda para vivir el trabajo y la convivencia en un ambiente de fe y de alegría. Fue constante el clima fraterno, abierto, dialogal, sencillo y muy participativo. Este ejercicio de participación se amplió a todo teólogo, pastoralista, biblista, y pensador que deseaba ofrecer su contribución a través de alguno de los participantes de la Asamblea. Esto ha creado un clima de apertura, de libertad y de integración, sin precedentes en la historia de estas Asambleas. Todos los participantes, sin distinción de categorías – miembros, invitados, observadores y peritos–, se han integrado activamente en el trabajo, de tal modo que el fiel laico, la religiosa, el diácono, el sacerdote y el obispo, trabajaron a la par en los diversos grupos y comisiones. Igualmente, la tarea de la Asamblea se fue compartiendo en forma simultánea y abierta con los MCS, en un clima de recíproca colaboración y relaciones amables. En conclusión, todos los participantes quedaron contentos y entusiasmados, algunos hablaron de un “nuevo Pentecostés”, y antes de finalizar la reunión, ya se empezó a hablar del “espíritu de Aparecida”.

Hay que tener en cuenta que todo el proceso de preparación de la V Conferencia ayudó mucho a este clima de comunión y participación. Fue muy importante la reflexión y oración de numerosas comunidades e instituciones que, junto con los encuentros, congresos y seminarios, que se realizaron a nivel continental, ofrecieron valiosos aportes, que luego se recogieron en la *Síntesis de los aportes para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, y fueron muy útiles para la tarea de los participantes en la Asamblea.

También es bueno destacar que el “espíritu de Aparecida” puso de manifiesto algunas notas esenciales del misterio de la Iglesia, que no es fácil ni frecuente que se perciban con tanta claridad. La Iglesia, con ser jerárquica en su constitución, se manifiesta también y al mismo tiempo como comunión y participación, todas notas esenciales de su naturaleza. La vivencia de Aparecida mostró un alto nivel de integración entre las dimensiones jerárquica y comunal de la Iglesia, entre institución y carisma, entre Fieles laicos y Pastores. Estos

aspectos del encuentro de Aparecida fueron de vital importancia para que hayamos podido vivir la V Conferencia como un verdadero acontecimiento eclesial.

El Documento Conclusivo no se puede separar de ese acontecimiento. Es más, el documento quiere ser un instrumento, mediante el cual se irradie el espíritu de Aparecida a todas las Iglesias particulares del Continente. El documento hace referencia a ese espíritu en muchas partes. Por ejemplo, en la Introducción, donde dice que “con alegría, estuvimos reunidos con el Sucesor de Pedro” (DA 2); y a continuación recuerda que “nos hemos sentido acompañados por la oración de nuestro pueblo creyente católico” (DP 3); para señalar inmediatamente que “el reto fundamental que afrontamos es mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros, que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias” (DA 14). Los dos últimos números de la Introducción son realmente bellos porque logran comunicar, a través de sus líneas, ese espíritu que se vivió en Aparecida. Antes de leerlos, conviene saber que la Introducción y la Conclusión son, prácticamente, los últimos textos que elabora la Asamblea, convirtiéndolos así en instrumentos excelentes, mediante los cuales se recoge y comunica el espíritu que animó a los participantes durante sus trabajos. Apreciemos, pues, los dos últimos párrafos de la Introducción.

*Nuestra alegría, pues, se basa en el amor del Padre, en la participación en el misterio pascual de Jesucristo quien, por el Espíritu Santo, nos hace pasar de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, del absurdo al hondo sentido de la existencia, del desaliento a la esperanza que no defrauda. Esta alegría no es un sentimiento artificialmente provocado ni un estado de ánimo pasajero. El amor del Padre nos ha sido revelado en Cristo que nos ha invitado a entrar en su reino. Él nos ha enseñado a orar diciendo “Abba, Padre” (Rm 8, 15; cf. Mt 6, 9). (DA 17).*

*Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado. Con los ojos iluminados por la luz de Jesucristo resucitado, podemos y queremos contemplar al mundo, a la historia, a nuestros pueblos de América Latina y de El Caribe, y a cada una de sus personas. (DA 18).*

También el texto de la Conclusión refleja muy bien el espíritu que animó esta reunión episcopal. Allí, en el primer párrafo leemos que

*En 19 jornadas de intensa oración, intercambios y reflexión, dedicación y fatiga, nuestra solicitud pastoral tomó forma en el documento final, que fue adquiriendo cada vez mayor densidad y madurez. El Espíritu de Dios fue conduciéndonos, suave pero firmemente, hacia la meta. (DA 547).*

A continuación, y luego de recordar el mandato de ir y hacer discípulos, el espíritu que se vivió en Aparecida hace estallar el texto exclamando:

*¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! (DA 548).*

Podemos percibir el mismo espíritu en el párrafo siguiente, donde leemos que

*Todos los bautizados estamos llamados a “recomenzar desde Cristo”, a reconocer y seguir su Presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años, y con los “Juan Diego” del Nuevo Mundo. Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar. (DA 549).*

Como broche de oro al final del documento, se retoma la oración que pronunció Benedicto XVI, al concluir su Discurso Inaugural, en cuyas estrofas se recoge y sintetiza, con mucho acierto y originalidad, el espíritu que movió la Asamblea.

### **3. ELEMENTOS PARA LA LECTURA Y COMPRENSIÓN DEL DOCUMENTO**

Quisiera presentar sólo algunos elementos para la lectura y comprensión del Documento Conclusivo, que considero útiles para una adecuada comprensión del texto. Ante todo, destaco aquellos que aparecen en la carta del Santo Padre, con la que autoriza la publicación del documento.

El Papa, en esa breve carta, señala dos pautas para la aplicación del documento, a fin de que sea “luz y aliento para una fecunda labor pastoral y evangelizadora en los años venideros”. La primera pauta es la “comunión con la Santa Sede”, y la otra es “el debido respeto por la responsabilidad de cada Obispo en su propia Iglesia particular”. El Obispo, precisamente para estar en comunión con la Santa Sede y, al mismo tiempo, para el ejercicio de la responsabilidad en su propia Iglesia particular, necesita valorar y tomar en cuenta pastoralmente –como lo reconoce el Papa– que en el documento hay:

*- numerosas y oportunas indicaciones pastorales, motivadas con ricas reflexiones a la luz de la fe y del contexto actual.*

Entre esas reflexiones se destaca:

*- la exhortación a dar prioridad a la Eucaristía y a la santificación del Día del Señor;*

- *el anhelo de reforzar la formación cristiana de los fieles en general y de los agentes de pastoral en particular.*

Finalmente, el Papa, al presentar el documento, manifiesta su alegría por el deseo de realizar una “Misión Continental”, señalando, al mismo tiempo, cuáles son los protagonistas principales de esta misión: “las Conferencias Episcopales y cada diócesis, convocando para ello a todas las fuerzas vivas”. Y concluye centrándose en el núcleo del tema de la V Conferencia: “de modo que caminando desde Cristo se busque su rostro” (NMI 29).

Además de esa breve presentación que hace el Santo Padre del documento, es recomendable leer con atención su *Discurso Inaugural*, su *Homilía en la Misa de Apertura* de la V Conferencia General y su *Discurso en el Rezo del Santo Rosario*. Igualmente, conviene conocer el *Mensaje Final* de la Asamblea. Conocer estos documentos favorece mucho para una buena comprensión del Documento Conclusivo.

Un criterio que no puede faltar para una correcta comprensión del acontecimiento de Aparecida y de su respectivo documento, es la continuidad-renovación que la V Conferencia marca, no sólo con las Conferencias Generales anteriores (Rio de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo), sino también con el Concilio Vaticano II y *Ecclesia in America*. El Papa plantea este criterio muy al comienzo de su Discurso Inaugural, donde dice que

*Ante la nueva encrucijada, los fieles esperan de esta V Conferencia una renovación y revitalización de su fe en Cristo, nuestro único Maestro y Salvador, que nos ha revelado la experiencia única del Amor infinito de Dios Padre a los hombres. De esta fuente podrán surgir nuevos caminos y proyectos pastorales creativos, que infundan una firme esperanza para vivir de manera responsable y gozosa la fe e irradiarla así en el propio ambiente. (DI 2)*

El mismo criterio de continuidad y renovación se plantea en el Mensaje Final de la V Conferencia

*En nuestros trabajos, realizados en ferviente oración, fraternidad y comunión afectiva, hemos buscado dar continuidad al camino de renovación recorrido por la Iglesia católica desde el Concilio Vaticano II y en las anteriores cuatro Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.*

Luego, en el Documento Conclusivo se retoma ese criterio, afirmando que

*La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño es un nuevo paso en el camino de la Iglesia, especialmente desde el Concilio Ecuménico Vaticano II. Ella da continuidad y, a la vez, recapitula el camino de fidelidad, renovación y evangelización de la Iglesia latinoamericana al servicio de sus pueblos, que se expresó oportunamente en las anteriores Conferencias Generales del Episcopado (Río, 1955; Medellín, 1968; Puebla, 1979; Santo Domingo, 1992). En todo ello reconocemos la acción del Espíritu. También*

*tenemos presente la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América (1997). (DA 9)*

No se trata de una continuidad que repite el pasado, sino que lo recapitula –como dice el texto– con miras a la renovación y evangelización de la Iglesia. Por eso, la V Conferencia, se concibe como un nuevo paso en el camino de la Iglesia, que da continuidad y, al mismo tiempo, plantea la necesidad de una profunda renovación: es fidelidad, renovación y evangelización. Este binomio de “continuidad renovación” es una clave muy importante, como ya dijimos, para la comprensión del acontecimiento de Aparecida y para la lectura del documento.

Otro aspecto que hay que tener en cuenta a la hora de leer el documento, es la finalidad de esta reunión de obispos. La Asamblea no se propuso tratar todos los temas, ni tampoco abordar con amplitud y en profundidad algunos de ellos. En este sentido, se aclara que el documento no puede detenerse a analizar todas las cuestiones que integran la actividad pastoral de la Iglesia, ni proponer proyectos acabados o líneas de acción exhaustivas. Sólo nos detendremos –se dice– a mencionar algunas cuestiones que han alcanzado particular relevancia en los últimos tiempos, para que, posteriormente, las Conferencias Episcopales y otros organismos locales avancen en consideraciones más amplias, concretas, y adaptadas a las necesidades del propio territorio (ver DA 431).

Por eso, para la lectura del documento, es importante no perder de vista el objetivo que motivó la reflexión de los obispos en Aparecida. Al respecto, en el texto se afirma que el objetivo es “seguir impulsando la acción evangelizadora de la Iglesia, llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él” (DA 1). O, como dice el Papa en su Discurso Inaugural, que esta Conferencia se propone “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo” (DA 10). Un poco más adelante, se vuelve sobre la finalidad de esta Conferencia, diciendo que “la Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales” (DA 11).

### **3.1 La clave principal y ejes centrales**

La clave principal para leer e interpretar el documento es el tema central que orientó la preparación de la V Conferencia y luego las deliberaciones en Aparecida: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida”, junto con la cita bíblica: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). En esta clave están los principales elementos que guían la lectura y el estudio del documento.

En el tema se pueden distinguir tres grandes ejes: discípulo misionero, vida en Cristo y nuestros pueblos. El eje central es la vida en Cristo. Los discípulos y misioneros son de Jesucristo y nuestros pueblos tienen vida en Él. Podríamos expresar el tema también así: la Vida de Cristo en los discípulos misioneros y en nuestros pueblos. Así vemos cómo la vida en

Cristo, como vida digna, integral y plena para el discípulo y para nuestros pueblos, es un elemento central para comprender el documento.

El siguiente esquema puede servir para visualizar mejor lo que acabamos de decir:



La vocación de los discípulos misioneros y la vocación de nuestros pueblos es la vida en Cristo. La misión de los discípulos y discípulas de Jesucristo es hacer que nuestros pueblos tengan vida en Cristo. En el contexto de la vida en Cristo hay que colocar la Iglesia y el Reino, a la que pertenecen los discípulos misioneros y nuestros pueblos, como sujetos a ser evangelizados y como sujetos llamados a evangelizar. Esto nos remite al llamado evangélico de “estar con Cristo” y “ser enviados a predicar”.

Con esta breve introducción a los tres grandes ejes del documento, podemos ver cómo las tres grandes partes que tiene el documento se centran en el dominador común que es la vida en Cristo:

- A. La vida de nuestros pueblos
- B. La vida de Jesucristo en los discípulos y misioneros
- C. La vida de Jesucristo para nuestros pueblos

La vida en Cristo, apareció como el eje central, que ayudó a articular toda la reflexión de Aparecida, gracias a la inclusión “en Él” y la cita evangélica: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6), que hizo el Santo Padre, cuando se le propuso el tema del discipulado y la misión para la V Conferencia. Con esa inclusión, el tema quedaba claramente centrado en la vida en Cristo. Por eso, no es de extrañar que en el documento aparezca el término vida más de trescientas veces.

El texto nos ofrece una abundante adjetivación de esta vida en Cristo. Se trata de la vida nueva, vida en Él, vida de los bautizados, vida de la Iglesia, vida integral, plena, verdadera y plena para todos, plenitud de vida en Cristo, vida que Dios nos participa, amor que da vida, vida libre, bella y grande; Reino de amor y de vida, de justicia y de paz; pan de vida eterna, vida eterna, vida digna para todos, vida feliz, etc. Puesto que hay una conciencia cada vez más clara sobre el valor de la vida, mucho más todavía cuando su valoración está fundada en Dios, crece también la conciencia sobre las amenazas a la que está expuesta la vida de los seres humanos y de los pueblos, y las agresiones que se cometen al medio ambiente y a la vida en el planeta.

Es impresionante ver cómo el texto de Aparecida irradia vida por todos lados. Creo que su lectura es atractiva precisamente por eso, y porque despierta en los creyentes entusiasmo, gozo y adhesión a los diversos planteos y orientaciones pastorales que allí se hacen. Hay una conciencia cada vez mayor sobre la importancia y la responsabilidad que tenemos acerca de la vida de las personas, de las comunidades, de los pueblos y del planeta en general. La Iglesia es

cada vez más consciente del inmenso caudal de vida que le viene de Jesucristo, de su Palabra y de los sacramentos, es decir, de su presencia viva y de su fuerza transformadora. La Iglesia siente un nuevo impulso de vida que le viene del Espíritu Santo y no puede menos que transformar ese impulso en misión “para que nuestros pueblos en Él tengan vida”.

#### **4. LENGUAJE KERIYGMÁTICO EN APARECIDA**

En los diversos mensajes que dejó Benedicto XVI en Aparecida, llama la atención la abundancia de expresiones kerygmáticas, que se caracterizan por el tono atrayente e impactante con el que presenta la persona de Jesús, el Cristo y Señor, y la acción de su Espíritu en la Iglesia y en los creyentes.

El documento también refleja ese tono kerygmático en muchas partes. En particular, nos interesa ver, en alguno de sus pasajes, cómo el kerigma sigue siendo el punto de partida y la referencia constante del itinerario formativo del discípulo misionero, como asimismo en la catequesis.

##### **En la Homilía y Discursos del Santo Padre**

Veamos primero algunas de esas expresiones kerygmáticas que aparecen en la Homilía que pronunció el Papa en la Misa de Inauguración de Aparecida. Por ejemplo, cuando afirma que

*Sólo la caridad de Cristo, derramada por el Espíritu Santo, puede hacer de esta reunión un auténtico acontecimiento eclesial, un momento de gracia para este continente y para el mundo entero.*

Un poco más adelante, vuelve a señalar la acción del Espíritu Santo

*Tiempo de la Iglesia, tiempo del Espíritu Santo: Él es el Maestro que forma a los discípulos: los hace enamorarse de Jesús; los educa para que escuchen su palabra, para que contemplen su rostro; los configura con su humanidad bienaventurada, pobre de espíritu, afligida, mansa, sedienta de justicia, misericordiosa, pura de corazón, pacífica, perseguida a causa de la justicia (cf. Mt 5, 3-10).*

En seguida se refirió a la Iglesia y la acción kerygmática que realiza el Espíritu Santo en ella

*La Iglesia se siente discípula y misionera de este Amor: misionera sólo en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios que nos amó y nos ama primero (cf. 1 Jn 4, 10). La Iglesia (...) crece mucho más por “atracción”: como Cristo “atrae a todos hacia sí” con la fuerza de su amor...*



Luego esclarece la naturaleza de la fe y anuncia el kerigma, como el auténtico fundamento de la esperanza

*[La fe] No es una ideología política, ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios Amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de esta esperanza que produjo frutos tan magníficos desde la primera evangelización hasta hoy.*

En el Discurso al final del rezo del Santo Rosario, en Aparecida, el Papa, al hablar del sentido de pertenencia a la Iglesia, lo hace en un tono kerigmático

*Queridos hombres y mujeres de América Latina sé que tenéis una gran sed de Dios. Sé que seguís a aquel Jesús, que dijo: “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6). Por eso el Papa quiere deciros a todos: la Iglesia es nuestra casa. Esta es nuestra casa. En la Iglesia católica tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo. Quien acepta a Cristo, “camino, verdad y vida”, en su totalidad, tiene garantizada la paz y la felicidad, en esta y en la otra vida. Por eso, el Papa vino aquí para rezar y confesar con todos vosotros: vale la pena ser fieles, vale la pena perseverar en la propia fe.*

### **En el Mensaje Final y Documento Conclusivo**

En el Mensaje Final, luego de una breve introducción, encontramos inmediatamente la proclamación gozosa del kerigma

*Ante los desafíos que nos plantea esta nueva época en la que estamos inmersos, renovamos nuestra fe, proclamando con alegría a todos los hombres y mujeres de nuestro continente: somos amados y redimidos en Jesús, Hijo de Dios, el Resucitado vivo en medio de nosotros; por Él podemos ser libres del pecado, de toda esclavitud y vivir en justicia y fraternidad. ¡Jesús es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida!*

*¡Nuestra mayor alegría es ser discípulos suyos! (...) ¡Sigamos al Señor Jesús!*

Luego, en el Documento Conclusivo, son frecuentes los tonos “explosivos”, el lenguaje vivencial y de testimonio, que transmiten el anuncio gozoso del kerigma. Veamos algunos ejemplos.

*Ante todo, damos gracias a Dios y lo alabamos por todo lo que nos ha sido regalado. (...) Sobre todo, nos ha sido dado Jesucristo, la plenitud de la Revelación de Dios, un tesoro incalculable, la “perla preciosa” (cf. Mt 13, 45-46), el Verbo de Dios hecho carne, Camino, Verdad y Vida de los hombres y mujeres, a quienes abre un destino de plena justicia y felicidad. Él es el único Liberador y Salvador que, con su muerte y resurrección, rompió las cadenas opresivas del pecado y la muerte, que revela el amor misericordioso del Padre y la vocación, dignidad y destino de la persona humana. (DA 6)*

*Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo. (...) No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos... (DA 14)*

*Mientras sufrimos y nos alegramos, permanecemos en el amor de Cristo viendo nuestro mundo, tratamos de discernir sus caminos con la gozosa esperanza y la indecible gratitud de creer en Jesucristo. Él es el Hijo de Dios verdadero, el único Salvador de la humanidad. La importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad, consiste en que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. (DA 22)*

Antes de describir la realidad así como la ven los discípulos y misioneros, el Documento Conclusivo ofrece, en el primer capítulo, dos apartados con un fuerte tono kerigmático. El primero (1.1) es una manifestación de alabanza y acción de gracias a Dios; y el segundo (1.2), es una expresión de la alegría que causa ser discípulos y misioneros de Jesucristo.

El Capítulo 3, “La alegría de ser discípulos misioneros para anunciar el Evangelio de Jesucristo”, con el que se introduce la segunda parte del Documento, donde se realiza el ejercicio de la iluminación como segundo paso del método ver-juzgar-actuar, transmite un intenso clima de alabanza y gratitud. De los 28 números, 16 de ellos empiezan con una expresión de alabanza, de bendición, de gratitud o de alegría. Veamos algunos ejemplos:

*Con la alegría de la fe somos misioneros... (103)*

*Bendecimos a Dios por la dignidad de la persona humana, creada a su imagen y semejanza... (104)*

*Alabamos a Dios por los hombres y mujeres de América Latina y El Crike que, movidos por su fe, han trabajado incansablemente en defensa de la dignidad de la persona humana... (105)*

*Alabamos a Dios por el don maravilloso de la vida y por quienes la honran y la dignifican al ponerla al servicio de los demás... (106)*

*Bendecimos al Padre por el don de su Hijo Jesucristo, “rostro humano de Dios y rostro divino del hombre”... (107)*

*Bendecimos al Padre porque todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, puede llegar a descubrir, en la ley natural escrita en su corazón (cf. Rm 2, 14-15), el valor sagrado de la vida humana... (108)*

*Proclamamos con alegría el valor de la familia... (114)*

*Agradecemos a Cristo que nos revela que “Dios es amor y vive en sí mismo un misterio personal de amor” ... (115)*

*Bendecimos a Dios por haber creado al ser humano varón y mujer, aunque hoy se quiera confundir esta verdad... (116)*

*El ser amados por Dios nos llena de alegría... (117)*

En el Capítulo 4 encontramos, en pocas frases, la interrelación entre pertenencia a Cristo y encuentro con él, alegría y gratitud que ello produce, acontecimiento y misión que de todo ello se desprende.

*Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. Hch 1, 8).*

En el Capítulo 5, donde se habla de los lugares eclesiales para la comunión, se refiere, en primer lugar a la Iglesia particular como lugar eclesial donde el discípulo está llamado a hacer y madurar la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo y a descubrir su misión.

*En su realidad social concreta [en la Iglesia particular], el discípulo hace la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, madura su vocación cristiana, descubre la riqueza y la gracia de ser misionero y anuncia la Palabra con alegría. (DA 167)*

Como síntesis de este capítulo, en el número 226, Aparecida plantea cuatro ejes, que es necesario reforzar para una auténtica renovación de nuestra Iglesia. Podemos notar cómo se insiste en la necesidad de una fuerte experiencia religiosa, en la vivencia comunitaria y la responsabilidad de sus miembros, en la formación bíblica y doctrinal y en la misión. En estos cuatro ejes, podemos individuar también los principales componentes, que hacen posible el acontecimiento salvífico: una experiencia personal intensa de encuentro con Jesucristo vivo; la dimensión comunitaria de esa experiencia; su carácter global que da sentido unitario a todas las dimensiones de la existencia; y su proyección difusiva y misionera.

- a) ***La experiencia religiosa.*** *En nuestra Iglesia debemos ofrecer a todos nuestros fieles un “encuentro personal con Jesucristo”, una experiencia religiosa profunda e intensa, un anuncio kerigmático y el testimonio personal de los evangelizadores, que lleve a una conversión personal y a un cambio de vida integral.*

- b) **La vivencia comunitaria.** *Nuestros fieles buscan comunidades cristianas, en donde sean acogidos fraternalmente y se sientan valorados, visibles y eclesialmente incluidos. Es necesario que nuestros fieles se sientan realmente miembros de una comunidad eclesial y corresponsables en su desarrollo. Eso permitirá un mayor compromiso y entrega en y por la Iglesia.*
- c) **La formación bíblico-doctrinal.** *Junto con una fuerte experiencia religiosa y una destacada convivencia comunitaria, nuestros fieles necesitan profundizar el conocimiento de la Palabra de Dios y los contenidos de la fe, ya que es la única manera de madurar su experiencia religiosa. En este camino, acentuadamente vivencial y comunitario, la formación doctrinal no se experimenta como un conocimiento teórico y frío, sino como una herramienta fundamental y necesaria en el crecimiento espiritual, personal y comunitario.*
- d) **El compromiso misionero de toda la comunidad.** *Ella sale al encuentro de los alejados, se interesa por su situación, a fin de reencantarlos con la Iglesia e invitarlos a volver a ella.*

Vale la pena detenerse en el Capítulo 6.2 “El proceso de Formación de los discípulos misioneros”, porque en el primer número (276) invita a mirar a Jesús, el Maestro, para aprender de él el método para formar discípulos, con un estilo que se vuelve emblemático para los formadores en el nuevo contexto sociocultural de América Latina. El número siguiente (277) continúa el tono kerigmático para poner de relieve la pasión que despierta el encuentro con Jesús. Esa fascinación se inserta en la naturaleza dinámica de la persona y desencadena un proceso de formación, en el que se distinguen cinco aspectos fundamentales. Estos aspectos son muy semejantes a los cuatro ejes que se plantan para la renovación de la Iglesia. Los cinco aspectos fundamentales se encuentran en el n. 279 y que presentamos resumidos a continuación.

En el proceso de formación de discípulos misioneros, destacamos cinco aspectos fundamentales, que aparecen de diversa manera en cada etapa del camino, pero que se compenetran íntimamente y se alimentan entre sí:

- a) **El Encuentro con Jesucristo.** *Quienes serán sus discípulos ya lo buscan (cf. Jn 1, 38), pero es el Señor quien los llama: “Sígueme” (Mc 1, 14; Mt 9, 9). (...) Este encuentro debe renovarse constantemente por el testimonio personal, el anuncio del kerygma y la acción misionera de la comunidad. El kerygma no sólo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo (...)*
- b) **La Conversión:** *Es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su amigo e ir tras de Él, cambiando su forma de pensar y de vivir (...)*

- c) ***El Discipulado:** La persona madura constantemente en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús maestro, profundiza en el misterio de su persona, de su ejemplo y de su doctrina (...).*
- d) ***La Comunión:** No puede haber vida cristiana sino en comunidad: en las familias, las parroquias, las comunidades de vida consagrada, las comunidades de base, otras pequeñas comunidades y movimientos (...)*
- e) ***La Misión:** El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios (...)*

A continuación se tratan los criterios generales para el itinerario formativo de los discípulos misioneros. El primer apartado (6.2.2.1) tiene como título muy sugerente: “Una formación integral, kerygmática y permanente”. Allí se afirma que en la base de las variadas dimensiones del proceso formativo: humana y comunitaria, espiritual, intelectual, pastoral y misionera (280), está la fuerza del anuncio kerygmático (279).

La tercera parte del documento “La misión de los discípulos al servicio de la vida plena”, que se ocupa principalmente de ofrecer orientaciones pastorales, plantea de entrada, en forma explícita, la gracia y la gratuidad que trae el anuncio y la escucha del kerygma.

*El anuncio del kerygma invita a tomar conciencia de ese amor vivificador de Dios que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado. Esto es lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar, porque la gracia tiene un primado absoluto en la vida cristiana y en toda la actividad evangelizadora de la Iglesia: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Cor 15, 10). (DA 348)*

Finalmente, en la Conclusión, se puede percibir un claro tono kerygmático en todo el texto, empezando por el primer número, donde la Asamblea se transmite que

*En 19 jornadas de intensa oración, intercambios y reflexión, dedicación y fatiga, nuestra solicitud pastoral tomó forma en el documento final, que fue adquiriendo cada vez mayor densidad y madurez. El Espíritu de Dios fue conduciéndonos, suave pero firmemente, hacia la meta. (DA 547)*

Para concluir, exclamando:

*¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! (DA 548)*

## 5. EL MÉTODO EN LA V CONFERENCIA GENERAL

Para la elaboración del *Documento Conclusivo* se usó el método clásico “ver, juzgar y actuar”, que ya se había empleado para recoger las contribuciones que enviaron las Conferencias Episcopales al tema de la V Conferencia. En el n. 19 del documento se encuentra una descripción bastante detallada sobre los diversos pasos de este método.

Este método fue objeto de largas discusiones durante el período de preparación de Aparecida. Muchos veían que el método había perdido la perspectiva cristiana que tenía cuando se había creado a mediados del siglo pasado. Con el paso del tiempo y el avance del secularismo, el primer paso de este método, que consiste en ver la realidad, fue reduciéndose al ámbito del análisis social. La iluminación evangélica se postergaba para un segundo momento y para un tercer momento las acciones. No se sabía mucho qué hacer con la fe durante el primer paso, porque la preocupación principal era lograr que la realidad fuera lo más objetiva posible y la fe aparecía como una amenaza a esa objetividad. Sin embargo, en la práctica, cuando la mirada sobre la realidad quedaba despojada de la mirada creyente, resultaba muy difícil recuperarla en los pasos siguientes. La realidad ya no era vista desde la fe. La fe –postergada a un segundo momento– iluminaba una realidad vista sólo desde el prisma de las ciencias humanas, por consiguiente, una realidad de horizontes reducidos. Las acciones que resultaban de esta comprensión no lograban una suficiente correspondencia con los valores del evangelio. El mérito que tuvo Aparecida fue recuperar el valor cristiano de este método. El punto clave para su reposición consistió en el esfuerzo de hacer que el primer paso lograra una mirada creyente de la realidad, asegurando así una visión de fe sobre los pasos siguientes.

Veamos cómo se plasma el método en el documento. El documento tiene tres grandes partes que corresponden a los tres pasos del método. La primera parte del documento tiene como título “La vida de nuestros pueblos hoy”. Con este título, uno esperaría encontrarse inmediatamente con el análisis de la realidad, sin embargo, el primer capítulo, de los dos que conforman esta primera parte, se detiene en la acción de gracias a Dios, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones en la persona de Cristo (cf. Ef 1, 3); en manifestar la alegría de ser discípulos y misioneros de Jesucristo, porque “conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo” (DA 29); y en recordar que la misión de Iglesia es evangelizar. Son nada menos que 32 párrafos los que preceden el análisis de la realidad. Este análisis tiene lugar a continuación en el segundo capítulo, bajo el sugestivo título “La mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad”, para alejar cualquier duda sobre la perspectiva cristiana, desde la cual se pretende mirar la vida de nuestros pueblos en el tiempo presente.

Sin embargo, a pesar del gran esfuerzo que hizo la Asamblea en tratar de plasmar en el texto la visión creyente de la realidad, los resultados fueron buenos pero insuficientes. El análisis del tiempo presente, que se hace en el capítulo dos, no aparece suficientemente asumido en la segunda parte del documento, dedicada a la iluminación y, tampoco en la tercera, donde encontramos las orientaciones para la acción. Con todo, hay que reconocer el mérito que tiene esta Asamblea en el rescate del método, sobre todo en el primer paso del ver,

porque, como dijimos, determina los pasos siguientes. De esta manera, se enriqueció la perspectiva de fe, propia de toda persona creyente, que se distingue por su visión cristiana de la realidad.

## 5.1 Un aporte sustancial al método

El Papa, en la Homilía de la Misa de apertura de la V Conferencia y en su Discurso Inaugural, entregó elementos sustanciales, que enriquecen la visión creyente de la realidad, y dejan entrever que la fe no es un obstáculo para una mirada objetiva, al contrario, la fe potencia todo lo humano, le da claridad y lo enriquece. Veamos algunas de esas afirmaciones del Discurso Inaugural, partiendo de la que coloca a Dios, como la realidad fundante y decisiva.

*Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas. (DI 3)*

Para decir inmediatamente que

*Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. (DI 3)*

Una afirmación así, deja mucha claridad sobre el alcance de humanidad que caracteriza la visión que tiene el hombre creyente de la realidad, “para responder a ella de modo adecuado y realmente humano”. Un poco más adelante, el Papa precisa la afirmación precedente diciendo que:

*Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad. (DI 3)*

Luego, en el n. 19 del documento, sobre todo en la primera parte, se describe la visión creyente y se señalan los elementos que la integran y constituyen, para que esa visión de la realidad sea realmente humana.

*Este método implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que, en la vida cotidiana, veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del reino de Dios, que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el Cielo.*

En el *Documento Conclusivo*, encontramos otras referencias al método que, como veremos luego, no hacen más que desarrollar la visión y experiencia creyente de la realidad. En este sentido, vemos cómo en el n. 244 se habla del “método cristiano”:

*El evangelista Juan nos ha dejado plasmado el impacto que produjo la persona de Jesús en los dos primeros discípulos que lo encontraron, Juan y Andrés. Todo comienza con una pregunta: “¿qué buscan?” (Jn 1, 38). A esa pregunta siguió la invitación a vivir una experiencia: “vengan y lo verán” (Jn 1, 39). Esta narración permanecerá en la historia como síntesis única del método cristiano. (DA 244).*

Los elementos principales de este “método cristiano” aparecen en diversas partes del documento. En los dos números que siguen, esos elementos se notan más claramente.

*Jesús, al inicio de su ministerio, elige a los doce para vivir en comunión con Él (cf. Mc 3, 14). Para favorecer la comunión y evaluar la misión, Jesús les pide: “Vengan ustedes solos a un lugar deshabitado, para descansar un poco” (Mc 6, 31-32). En otras oportunidades, se encontrará con ellos para explicarles el misterio del Reino (cf. Mc. 4, 11.33-34). De la misma manera se comporta con el grupo de los setenta y dos discípulos (cf. Lc 10, 17-20). Al parecer, el encuentro a solas indica que Jesús quiere hablarles al corazón (cf. Os 2, 14). Hoy, también el encuentro de los discípulos con Jesús en la intimidad es indispensable para alimentar la vida comunitaria y la actividad misionera. (DA 154).*

*La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y El Caribe, requieren una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia. Miramos a Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos. Cristo nos da el método: “Vengan y vean” (Jn 1, 39), “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). (DA 276).*

Podríamos sintetizar los principales aspectos que aparecen en el llamado “método cristiano” en los siguientes puntos:

- ▶ Fascinación, atracción, admiración por la persona de Jesús y deseos de conocerlo: Maestro ¿dónde vives?
- ▶ Invitación de Jesús: “Vengan y vean”: experiencia de “estar con Él” para aprender a “ver y juzgar” por Él, con Él y en Él.
- ▶ Enviados a seguir encontrando a Jesús en los “lugares” donde Él se hace presente, para abrir un “auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad”, es decir, obrar en consecuencia con lo que se ha experimentado, visto e iluminado.

En estos números notamos que convivir con Jesús, escuchar su Palabra, “estar con Él”, es el presupuesto para ver la realidad con su mirada. La “objetividad” en el análisis de la realidad, va a depender de la autenticidad del encuentro con Jesús. En la medida en que el discípulo conforma su visión, sus sentimientos y su mente con la de Jesús, su lectura e



interpretación de la realidad será cristiana y “realmente humana”, como lo expresó Benedicto XVI en Aparecida.

Llegados a este punto, es importante señalar que la visión creyente es una visión esencialmente “en comunión”. El creyente, desde su experiencia de encuentro con Jesús, inserto en la comunidad eclesial, tiene una mirada sobre la realidad desde la comunión. Podríamos decir que se trata de una visión “en alianza”, porque se funda sobre la experiencia originaria de comunión con Dios, que nos amó primero y nos sigue amando. Por eso, la mirada que parte de la experiencia de comunión, necesariamente conduce al encuentro y se convierte en una mirada que recrea, dignifica y promueve.

## 6. UN MÉTODO ORIGINAL PARA LA MISIÓN DEL DISCÍPULO DE JESUCRISTO

También el Papa Benedicto XVI habló del método en la *Homilía de la Misa de Inauguración de la V Conferencia General*, y propuso el “método original”. Se trata del “método con el que actuamos en la Iglesia tanto en las pequeñas asambleas como en las grandes”. En seguida aclaró que “no es sólo una cuestión de modo de proceder; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo”.

¿En qué consiste ese método? El Santo Padre lo describe partiendo de los Hechos de los Apóstoles, donde se “habla del sentido del discernimiento comunitario en torno a los grandes problemas, que la Iglesia encuentra a lo largo de su camino, y que son aclarados por los “Apóstoles” y por los “ancianos”, con la luz del Espíritu Santo, el cual recuerda la enseñanza de Jesucristo (Jn 14, 6), y así ayuda a la comunidad cristiana a caminar en la caridad hacia la verdad plena (cf. Jn 16, 13). Los jefes de la Iglesia discuten y se confrontan, pero siempre con una actitud de religiosa escucha de la palabra de Cristo en el Espíritu Santo. Por eso, al final pueden afirmar: “hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...” (Hch 15, 28). Esta es la Iglesia: *nosotros*, la comunidad de fieles, el pueblo de Dios, con sus pastores, llamados a hacer de guías del camino; junto con el *Espíritu Santo*, Espíritu del Padre enviado en nombre del Hijo Jesús, Espíritu de Aquel que es el “mayor” de todos y que nos fue dado mediante Cristo, que se hizo el “menor” por nuestra causa. Espíritu Paráclito, *Ad-vocatus*, Defensor y Consolador. Él nos hace vivir en la presencia de Dios, en la escucha de su Palabra, sin inquietud ni temor, teniendo en el corazón la paz que Jesús nos dejó y que el mundo no puede dar (cf. Jn 14, 26-27).

El Papa prosiguió su reflexión explayándose sobre el contenido experiencial de este método, afirmando que el tiempo de la Iglesia es el tiempo del Espíritu Santo: “Él es el Maestro que forma a los *discípulos*: los hace enamorarse de Jesús; los educa para que escuchen su palabra, para que contemplan su rostro; los configura con su humanidad bienaventurada, pobre de espíritu, afligida, mansa, sedienta de justicia, misericordiosa, pura de corazón, pacífica, perseguida a causa de la justicia (cf. Mt 5, 3-10). Así, gracias a la acción del Espíritu Santo, Jesús se convierte en el “camino” por donde avanza el discípulo.

Este “contenido” que conforma la identidad y vocación del discípulo se proyecta en envío misionero. Por eso, “la Iglesia es enviada a difundir en el mundo la caridad de Cristo, – prosigue el Papa– para que los hombres y los pueblos “tengan vida y la tengan en abundancia”

(Jn 10, 10). (...) La Iglesia se siente *discípula y misionera de este Amor*: misionera sólo en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios que nos amó y nos ama primero (cf. 1 Jn 4, 10).

En resumen, la dinámica de este método, así como lo plantea el Santo Padre, parte de la experiencia de atracción irresistible de la persona de Cristo, quien por la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la cruz, atrae a todos hacia sí. La Iglesia, atraída por esa fuerza y asociada a Cristo, realiza su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor.

La dinámica misionera de la Iglesia, y más concretamente la Misión Continental, como expresión histórica de esa dinámica en nuestro continente, tanto en sus “pequeñas asambleas como en las grandes”, está llamada a actuar en el espíritu de ese método, que “no es sólo una cuestión de modo de proceder; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo”. En el mismo sentido, “cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. Hch 1, 8) (n. 144).

En consecuencia, la tercera parte del documento “La vida de Jesucristo para nuestros pueblos” está toda orientada, con sus cuatro capítulos, hacia la misión de los discípulos al servicio de la vida plena. En el primero de esos capítulos se declara:

*Asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente, que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero. Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza. Por eso, se volverá imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible y hagan posible un atractivo testimonio de unidad para que el mundo crea. (DA 362).*

Y a continuación se advierte que

*La fuerza de este anuncio de vida será fecunda si lo hacemos con el estilo adecuado, con las actitudes del Maestro, teniendo siempre a la Eucaristía como fuente y cumbre de toda actividad misionera. Invocamos al Espíritu Santo para poder dar un testimonio de proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la*

*justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo. Él sigue convocando, sigue invitando, sigue ofreciendo incesantemente una vida digna y plena para todos. Nosotros somos ahora, en América Latina y El Caribe, sus discípulos y discípulas, llamados a navegar mar adentro para una pesca abundante. Se trata de salir de nuestra conciencia aislada y de lanzarnos, con valentía y confianza (parresía), a la misión de toda la Iglesia. (DA 363).*

Con el mismo espíritu, en la Conclusión, dice que

*Para convertirnos en una Iglesia llena de ímpetu y audacia evangelizadora, tenemos que ser de nuevo evangelizados y fieles discípulos. (...) No hemos de dar nada por supuesto y descontado. Todos los bautizados estamos llamados a “recomenzar desde Cristo”, a reconocer y seguir su Presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años, y con los “Juan Diego” del Nuevo Mundo. Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar. (DA 549).*

Aparecida nos anima con fuerza para que

*Recobremos, pues, “el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo – como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia – con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual – que busca a veces con angustia, a veces con esperanza – pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”<sup>1</sup>. Recobremos el valor y la audacia apostólicos. (DA 552).*

## **7. MISIÓN CONTINENTAL: COMPROMISO DE UNA IGLESIA DISCÍPULA**

La Misión Continental es un anhelo amplio y difundido en las comunidades de América Latina y El Caribe, que fue recogido durante la preparación de la V Conferencia y luego asumido en Aparecida. Por otra parte, la finalidad propia de esta reunión episcopal es esencialmente misionera. En el primer número del documento, se dice explícitamente que los pastores quieren

---

<sup>1</sup> EN 80

*Seguir impulsando la acción evangelizadora de la Iglesia, llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él.*

En la *Presentación* del documento, el Papa dice que para él

*Es motivo de alegría conocer el deseo de realizar una Misión Continental, que las Conferencias Episcopales y cada diócesis están llamadas a estudiar y llevar a cabo, convocando para ello a todas las fuerzas vivas, de modo que caminando desde Cristo se busque su rostro (cf. Novo millennio ineunte, 29).*

Entre los temas que despertaron mayor coincidencia y entusiasmo en los participantes, fue la “Misión Continental”. El *Mensaje Final* lo refleja muy bien con estas palabras:

*Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la Gran Misión Continental. Será un nuevo Pentecostés que nos impulse a ir, de manera especial, en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor de nuestro Padre Dios. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda. (n. 5).*

El *Documento Conclusivo* asume el despertar misionero, expresándolo en forma de Misión Continental, y asegura que la misma será

*Más concretamente considerada durante la próxima Asamblea Plenaria del CELAM en La Habana”. Al mismo tiempo, subraya la necesidad de una “decidida colaboración de las Conferencias Episcopales y de cada diócesis en particular. (DA 551)*

Hay un punto importante que debemos destacar. Las Conferencias Episcopales, reunidas como Conferencia General en Aparecida, no “inventaron” la Misión Continental en ese momento. El anhelo de una misión, que abrace el Continente entero, viene palpitando, como ya lo señalamos, desde mucho antes. La expresión Misión Continental o formulaciones semejantes, fueron cobrando vigencia y consenso entre los obispos desde los inicios de la preparación de la V Conferencia. En la medida que se fue avanzando con los preparativos de la Conferencia General, fue ganando consenso esta propuesta de misión en el Continente, hasta convertirse en un deseo unánime y una voz común de todos los participantes de Aparecida. Tanto el *Mensaje Final*, como el *Documento Conclusivo* de la V Conferencia, dan cuenta de esa unanimidad.

Es importante subrayar responsabilidad propia que tienen las Conferencias Episcopales en la realización de la Misión Continental. Si la Conferencia Episcopal no asume activamente su servicio de animar la Misión, es muy difícil que tengamos una verdadera expresión continental de la misma. Podrá haber Iglesias particulares más o menos misioneras, pero

perderían la providencial ocasión de colaborar en conjunto para “una América Latina y Caribeña unida, reconciliada e integrada” (DA 520). Es preciso que asumamos toda la riqueza y potencialidad que nos da la dignidad de reconocernos como una familia de latinoamericanos y caribeños, que implica una experiencia singular de proximidad, fraternidad y solidaridad, decíamos en Aparecida. No somos un mero continente, apenas una suma de pueblos y de etnias que se yuxtaponen. Somos la gran patria de hermanos, como dijo Juan Pablo II, unos pueblos a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia (cf. DA 526).

Esta misión no es apenas una estrategia pastoral de alcance continental, que pretenden impulsar las Conferencias Episcopales. La Iglesia es comunión y misión, éstas pertenecen a su misma esencia. Cuanto más proyectada a la misión, la Iglesia es más Iglesia. La experiencia única y original de las 22 Conferencias Episcopales de América Latina y El Caribe, las coloca en una situación privilegiada en orden a proyectarse juntas hacia una misión en el Continente, “para promover y defender el mayor bien” (CIC n. 447), como reza el canon, o como decíamos en el lenguaje del tema de Aparecida, “para la vida de nuestros pueblos en Cristo”.

Las Conferencias Episcopales, con la ayuda del CELAM, son los organismos a través de los cuales se deberá animar, proyectar, concretar y evaluar esta misión. La reciente Reunión de Coordinación del CELAM, realizada a principios del mes de agosto en Bogotá, que reunió a la nueva Presidencia del CELAM, a los Presidentes de los Departamentos, Responsables de Secciones y Directores de Centros, y a los Secretarios ejecutivos, retomó estos encargos y los proyectó en programas concretos para el próximo cuatrienio. En esta reunión, asumiendo la propuesta de la Asamblea de La Habana, se constituyó una Comisión especial para la Misión Continental, que tendrá como primer encargo hacer que el *Documento Conclusivo* de Aparecida sea ampliamente conocido y asimilado en todo el Continente, a fin de que se capte y transmita el Espíritu que animó la Asamblea de la V Conferencia, y se procure la aplicación de sus orientaciones pastorales, con especial énfasis en la Misión Continental.

Podemos decir que, en Aparecida, la Iglesia, evangelizada por el feliz encuentro con su Señor, revivió con renovado gozo su misión de evangelizar. Misión que consiste en anunciar que la vida en Cristo trae vida digna, plena y feliz para todos. Esta misión es un compromiso que tendremos que asumir todos, pastores, vida consagrada y fieles laicos. Así lo hemos vivido en Aparecida, donde, en medio del trabajo intenso, experimentamos la alegría del encuentro, la confianza en el diálogo, la búsqueda sincera de la verdad, en el respeto y valoración de la diversidad, en la amplia coincidencia de visión y de orientaciones pastorales que se elaboraron en común, y en el intenso deseo de llevar esta experiencia a los demás, a fin de que todos puedan vivirla en sus familias, en las comunidades, en el trabajo, en las responsabilidades ciudadanas, y en el compromiso de seguir construyendo un mundo más justo y más fraterno para todos, sin excluir a nadie.

Esperamos que este espíritu de comunión y de renovado deseo de misión, que se ha vivido en Aparecida, pueda concretarse de una manera viva y eficaz en todo el Continente. Quisiéramos, con la ayuda de Dios, una Iglesia que se asemeje más a una Iglesia esposa fiel de Cristo, que refleje más claramente el rostro de su Señor y, sea, por tanto, una Iglesia más servidora, cada vez más abierta al diálogo ecuménico y dispuesta a colaborar con todos los

hombres y mujeres de buena voluntad, para que hagamos posible un mundo realmente humano, y con una Iglesia más discípula y misionera, para que nuestros pueblos tengan vida en Cristo, vida digna y plena.